

brevajes les causaban, SI HABIA de tener victoria ó no; y desdichados de los que le anunciauan mal suceso, porque luego era mandado matar, sin ningun remedio, y así, escarmentados y temerosos los viejos y sacerdotes y agoreros, jamas le decian verdad de lo que el demonio les declaraua y mostraua en los cercos y sueños que tenían, temerosos de que no los matasen.

Tenia otra cosa este tirano y ayrado; rey que si acaso estos agoreros y oradores del demonio le respondian con alguna equivocacion, ó decian que no sabian nada, ni el demonio les auia querido revelar cosa, luego los mandaua matar, diciendo que ya el demonio, ó los dioses no hacian caso dellos, ni les querian decir nada por su mala vida y costumbres, y así los mandaba matar y asolar sus generaciones y casas. Acauada la fiesta y las mercedes y despedidos los guespedes que á la fiesta se hallaron, llamó á todos los señores de México y díxoles, cómo toda la pena y inquietud que en esta fiesta auia tenido, era que la piedra de aquel sacrificio era angosta, y que apenas se podian allí rodear los sacrificados; que él determinaba hacer otra grande y ancha para que cupiesen bien los sacrificados. A todos les pareció bien y dieron parecer para que se truxese, y así, con esta determinacion salieron todos y se empezó á dar órden de que se buscasse por toda la provincia, y se halló como en el capítulo que sigue veremos.

CAPITULO LXVI. ¹

De cómo mandó *Montezuma* buscar la mayor piedra que se allase para el sacrificio del desollamiento y de lo que en traella á México sucedió.

Siempre fué *Montezuma* muy amigo de que sus cosas fuesen aventajadas y nombradas en todo el mundo, y todo lo que los demas reyes auian hecho, le parecia baladí ² y muy poco para lo que su magnánimo coraçon aprehendia en cosas de grandeça y nombra-

plearon en toda la antigüedad mientras subsistió la creencia en los oráculos y en los aduinos.

¹ Véase lámina 25^a, part. 1^a.

² Ruin ó de poco valor.

día, y así, pareciéndole que la piedra que su agüelo auia puesto era chica y baladí, y que no era conforme á la grandeça de la solenidad y de la autoridad de México, y conforme á lo quel queria, mandó llamar á todos los señores de su consejo y trató con ellos de poner una piedra, la mas ancha y espaciosa que en toda la prouincia se pudiese allar, para la fiesta del desollamiento; para lo qual, auido el consejo y determinacion, mandó llamar á todos los canteros de la ciudad de México y díxoles su voluntad, y que luego, por todas las partes y lugares de la prouincia donde se pudiese allar, se pusiese gran diligencia y se buscasse la mayor y mas ancha piedra que uiesese, de la qual se labrase rica y curiosamente la piedra llamada *Temalacatl*, que en nuestro romance quiere decir "piedra redonda," para el sacrificio del desollamiento de hombres, porque la que estaua allí no le contentaba.

Los canteros, oydo su mandado, se repartieron por todas las partes que supieron se podia allar, y viniendo á la prouincia de Chalco, en un lugar que llaman Aculco, que es hácia Tepopula, junto al rio que baxa de Amecamecan, hallaron en un cerrillo, del lugar nombrado, una piedra muy poderosa y apropiada para lo que su Rey queria y pretendia; la qual hallada, dieron noticia á su rey, el qual mandó se apercebiesen todos los de la prouincia de Xuchimilco y los de Cuitlauac y los de Ixtlapalapan y Culucan y los de Mexicatzingo y Vitzilopochco, para que todos estos pueblos se juntasen, con todos sus adereços de sogas y palancas, para traer la piedra; y avisados dónde auian de ir, *Montezuma* mandó prover á todos los canteros de la comida que para todo el tiempo que en traer la piedra gastasen, uiesesen de comer, y así les fué proveido muy larga y espléndidamente; los quales fueron al lugar donde la piedra estaba y empezáronla á descarnar y á desasir de donde estaba asida, y auéndola descarnado y puesto de manera que se podia sacar, fué *Montezuma* avisado para que mandase ir la gente, el qual lo mandó y acudió toda la mas gente que se pudo llevar de los pueblos arriba dichos; los quales fueron con sus sogas y palancas y otros adereços y instrumentos para aquel menester, y para que en este negocio no faltase supersticion y ydolatría, mandó *Montezuma* que fuesen todos los sacerdotes del templo y llevasen sus encensa-

rios y cantidad de papel y copal y muchas pelotillas de *ulle*¹ y muchas codornices, y juntamente mandó fuesen los cantores de los templos para que baylasen y cantasen delante de la piedra, cuando viniese por el camino; que fuesen muchos chocarreros y representantes que viniesen haciendo entremes y chocarrería y truhanerías delante la piedra y la festejasen y alegrasen, como á cosa divina que venia para ministerio divino.

Llegados los que auian de arrastar la piedra, que eran yndios sin número, los sacerdotes se vistieron sus ropas sacerdotales y tomaron aquel papel que auian lleuado y cubrieron toda la piedra con él: encensáronla muchas veces á la redonda, haciendo grandes ceremonias y derramando sobre ella copal derretido y de aquel *ulle*, juntamente matando de aquellas codornices y derramando la sangre dellas sobre la piedra. Los cantores empezaron á cantar cantares placenteros y regocijados, y los truanes y representantes sus entremeses y farsas, y hacer muchas truanerías que movian á risa y contento; y mientras esto se hacia, los xuchimilcas ataron una gruesa sogá y larga á la piedra, y otra los de Cuiclauac y otra los de Mizquic y otra los de Culucan y otra los de Iztapalapa y otra los de Mexicatzingo y otra los de Vitzilopochco, y la gente de cada pueblo animando, empezaron á tirar della con mucha voçeria y alarido, que lo ponian en el cielo; donde despues de auer porfiado mucho rato para querella arrancar de su lugar, no haciendo movimiento ninguno, todas las sogas se cortaron y rompieron, como si fuera de muy tierno algodón.

Visto por los que tenian cargo de hacer lleuar aquella piedra, y por los canteros, mandaron dar noticia dello á *Montezuma*, el qual, como lo vió, envió á rogar al rey de Tezcucó le diese ayuda de gente para poder traer aquella piedra, el qual se la dió; y hechas otro día las mesmas ceremonias por los sacerdotes, que el dia antes, tornaron á echar sogas nuevas todos los tezcucanos, con ellos, á la piedra: empezaron á la querer mover, y haciéndole gran violencia con las palancas y sogas la movieron y llegaron con ella á Tlapechucan, y descansando allí, otro dia de mañana empezó la gente á tratar de su officio y á atar sogas y á tañer caracoles y bocinas, y

¹ De goma elástica; en mexicano *ulli*, y vulgarmente, *hule*.

los sacerdotes á hacer sus ceremonias, y los cantores á cantar y á matar muchas codornices, y empezaron á tirar de sus sogas, con mucho alarido, haciéndole toda la violencia que pudieron; y estuvieron dos dias, que no la pudieron menear de aquel lugar,¹ y así dice la ystoria, que parecia auer echado raices muy hondas, que ni memoria hacia de quererse menear, con hacella toda la violencia posible tantos y tan numerables yndios, antes hacia pedaços las sogas muy gruesas; lo qual fué auisado á *Montezuma*, y mandó

¹ Desde aquí comienzan los prodigios precursores de la ruina del imperio mexicano. No sorprenderán á las personas de mediana lectura, porque los habrán visto en mayor número y mas estupendos en todas las historias de los pueblos antiguos y modernos, pronosticando calamidades semejantes. Algunos se han mencionado en una nota anterior, y el curioso hallará en Lucano (*Pharsalia*, Lib. I, pág. 28, edic. Nisard) la noticia de los estupendos que presagiaron la destruccion de la República romana. Sobre todo *Julius Obsequens*, en su famoso *Prodigiorum Libellus*, le dará hasta la saciedad cuantas pueda apetecer, en todo género. Nada hay, por tanto, que extrañar en la credulidad de los mexicanos, menos cuando vemos que un genio tan superior como el de *Machiavelo*, decia: "Yo no sé de dónde procede; pero ello es que se ve por los ejemplos de las historias antiguas y modernas, que jamas ha sobrevenido un acontecimiento importante en una ciudad, ó en un país, que no haya sido vaticinado ó por adivinos, ó por revelaciones, ó por prodigios, ú otros fenómenos celestes." (*Discours sur la I Decade de Tite-Live*, I, 56, trad. de Peries.)—El prodigio que nos ocupa no ha sido peculiar á México. Los objetos dotados de una inmensa gravedad y fuerza de inercia se hallaron en todas partes y en todos tiempos. Cuando Tarquino quiso trasladar las estatuas de los dioses que ocupaban el Capitolio, para construir el templo de Júpiter, todas las divinidades fueron bastante condescendientes y corteses para ceder su puesto, con excepcion del dios *Terminus* y de la diosa *Juventas* que se obstinaron en conservar el suyo, sin respeto ni consideracion al padre de los dioses. (*DION. HALICARNASUS* III, 69.—*TIT. LIV.* I, 55.) Todas las fuerzas de los vigorosos soldados romanos no bastaron para mover un débil estandarte y dar la batalla al enemigo, que estaba al frente; justo castigo de la eleccion del cónsul hecha sin tomar los auspicios; así como tampoco hubo poder humano bastante para arrancar de la tierra la cabeza de una estatua de Apolo, desprendida por sí sola, prodigio tremendo que anunciaba la muerte al cónsul *Octavius* y cuyo terror lo precipitó al infeliz suceso que terminó su vida. (*VALER. MAXIM.—DICTOR. FACTOR. MEMORABILIMUM.* I, 6, 10.)—Las noticias de nuestras imágenes que no se dejan trasportar, son incontables y vulgares en ambos continentes. Así comenzó sus prodigios en México la efigie de la Virgen que Hernán Cortés colocó en el templo mayor de los mexicanos. Cuando estos quisieron quitarla de allí, dice uno de sus historiadores — "no pudieron moverla de su asiento: echábanle unas maromas (cuerdas gruesas) y tiraban de ella: otros la enlazaban con las cuerdas de los arcos y hacian fuerza para inclinarla; y para que vieran que ella era la que ponía esfuerzo en los brazos de los cristianos y daba á sus manos valor, de suerte se les resistió é hizo, que á unos se les pegaban á las maromas las manos, no pudiéndolas desasir, sino á mucha fuerza; á otros se les entorpecian los brazos; á otros se les entumecian las piernas y caian por las gradas, abaxo deslomados y mal heridos." (*FLORENCIA. La milagrosa invencion de un Tesoro escondido, &c.*, cap. 5.—*CISNEROS, Historia del principio y origen, progresos, &c.*, de Nuestra Señora de los Remedios. Cap. 6; Torquemada, Medina y Carrillo.)

que llamasen toda la provincia de la Cuauhtlalpa, que son los Otomites de toda aquella provincia, los cuales fueron luego, con todos sus adereços de sogas y palancas, á ayudar á los que porfiaban á traer la piedra, los cuales llegados pusieron sus sogas, á vueltas de las demas, y empezaron á tirar dellas con mucho alarido y silbos, que los ponian en el cielo, y estando en esta porfia oyeron una voz que hablaua dentro de la piedra y decia: ¹

“Miserable gente y pobre desventurada: ¿para qué porfias á me querer llevar á la ciudad de México? Mirá que vuestro trauajo es en vano y yo no he de llegar, ni es mi voluntad; pero pues que tanto porfiays, estirá que yo yré hasta donde á mí me pareciere, por vuestro mal:” y callando la voz, todos quedaron como atónitos y espantados de una cosa tan prodigiosa y nunca vista ni oyda: y tornando á porfiar á lleualla, la piedra se movió con tanta facilidad, que casi no sentian trabajo en llevalla, y así llegaron con ella aquella tarde á Tlapitzauayan, desde donde enviaron sus mensajeros á Montecuma, haciéndole saber el prodigioso caso sucedido, y de lo que la piedra auia dicho; el qual, como lo oyó, mandó echar en la cárcel á los mensajeros, teniéndolo por cosa de risa, y luego en

¹ No han sido las piedras de México las únicas que hayan hablado: mucho antes les dieron el ejemplo y la leccion las de Europa. La piedra llamada *Ophites* ó *Siderites*, que poseía el troyano *Heleno*, era mas entendida que la mexicana, pues respondia á las preguntas que le hacian, y así predijo la ruina de Troya. No era menos comunicativa la del médico *Eusebio*, que tambien la lucia de oráculo. La antigüedad consideró los *Betilos* como piedras divinas y animadas; *animatas lapides*, segun los llaman *Philon de Biblos*; natural era que gozaran del don de la palabra.—El que quisiere saber mas de esta materia, puede consultar la Memoria de Mr. *Falconnet* en las de la Academia de las Inscripciones (Vol. VI, pág. 513 de la ed. in 4^o) á *Drach* (De l'Harmonie entre l'Eglise et la Sinagoge, Vol. II, Part. II, Cap. 7), y particularmente al caballero *Gougenot des Mousseaux* que apuró la materia en su curioso libro, *Dieu et les Dieux, etc.*—Paso de largo por las estatuas europeas que han sudado agua y sangre, que lloran, se remueven, hacen señas y pucheros, remitiendo, al curioso, al arsenal de prodigios de *Julius Obsequens* (Capítulos 19, 62, 87 y passim) y con especialidad á *Guasco* (*De l'usage des Statues chez les Anciens*, Cap. XV), que hizo una abundante cosecha: tampoco eran mudas. La de la *Fortuna Muliebris* manifestó su contento á las matronas romanas por la estatua que le dedicaron, diciéndoles:—GRATO DIS STATUTO MATRONE ME DEDICASTIS. (PLUTAR. in *Coriol.* XXXVIII.) En fin, nada digo de los perros, de las serpientes, ni menos del ganado vacuno, que era de una locuacidad espantable; pues entonces no se limitaba á la sola palabra que le concede nuestro fabulista;

Habló el toro y dijo *Mtu*;

sino que tambien daba avisos importantes.—*Roma tibi cave*; dijo un bney (*Jul. Obs. cit.*, Cap. 53, 7, 15, 16, 38, 41, 63, 68, 85, 86, 103 y 113).

aquella hora y punto despachó un principal á sauer de los que allá estauan, si el caso era verdadero; y satisfaciéndose el mensajero de la verdad, uino á Montecuma y díxole como el caso era así verdad, y que todos los que estauan en el traer de la piedra lo auian oydo.

LUEGO mandó soltar á los que tenia presos y envió á ROGAR al rey de Azcaputcalco le hiciese merced de ayudalle con su gente á traer aquella piedra, los cuales llegados y haciendo sus sogas y artificios, empezaron todos á querer arrastrar la piedra, y no se meneando ni haciendo mencion dello, tornaron á oyr una voz que salia de la piedra que decia: “pobres desventurados: ¿para qué trauajais en vano? ¿no os e dicho que no e de llegar á México?: andá, yd y decilde á Montecuma que ya no es tiempo; que acordó tarde, que mas temprano auia de acordar á traerme; que ya no soy menester allá, porque ya está determinada otra cosa, la qual es diuina voluntad y determinacion: que no quiera el hacer contra ella: que ¿para qué me lleva?; para que mañana esté caida y menospreciada por ahí; y auisalde, que ya se le acaua su mando y oficio: que presto lo verá, y experimentará lo que a de venir sobre él, á causa de que se a querido hacer mas quel mesmo Dios, que tiene determinadas estas cosas: y así, dexáme, porque si paso adelante será por vuestro mal.”

De todo lo dicho fué auisado Montecuma, el qual, no dando crédito aunque algo temeroso, se mostró muy ayrado y enojado contra los mensajeros, y amenaçándolos los mandó volver y que traxesen la piedra, y se cumpliese su mandato. La gente tornó á estirar de sus cuerdas y la piedra se movió con tanta facilidad, que parecia que veinte yndios la truxeran, segun la velocidad con que venia, y llegaron aquel dia á un lugar que se dice Techico, que es junto á Ixtapalapan, y otro dia de mañana tornaron á su exercicio, moviéndose la piedra sin ninguna pesadumbre de los que la trayan con tanto contento de cantos y bayles, con sonido de bocinas y caracoles y con tantos dichos y representaciones de truanes; y con tantos encienzos y sacrificios, como los sacerdotes les venian haciendo, llegó á un lugar que se dice Atoçititlan, el qual lugar es donde agora está la cruz primera, luego que salimos de México, la